

MAQUIAVELO, EL TEORICO DEL ESTADO MODERNO (*)

por FRANCISCO LETIZIA,
Profesor titular de Filosofía
y Director del Departamento
de Disciplinas Humanísticas de
la Facultad de Ciencias Eco-
nómicas de la U. N. de Cuyo.

En el año 1324 Marsilio Mainardini de Padua, teólogo, médico, jurista y rector de la Universidad de París, publicaba una obra titulada *Defensor Pacis*, cuya idea fundamental era que la Iglesia o autoridad espiritual debía estar subordinada al Estado o autoridad temporal. Marsilio reivindicaba con fuerza la autonomía nacional y la definitiva liberación de la tutela papal porque consideraba que Dios no es la fuente del poder civil; por el contrario, el legislador supremo es el hombre que expresa su voluntad en el seno de la *universitas civium* (asamblea general de los ciudadanos).

Esta teoría fue rechazada terminantemente en su época, pero después de casi dos siglos comenzó a dar sus frutos gracias a la obra de Maquiavelo, cuya teoría política tuvo una incalculable trascendencia en la historia de Occidente.

La profunda mutación de las condiciones científicas, políticas, y socio-económicas que se había producido en el Re-

(*) Este trabajo es el capítulo décimotercero del primer tomo de la obra *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas*, publicada en 1983. En las citas se ha mantenido aquí la misma numeración que en el original.

nacimiento tenía que desembocar forzosamente en una nueva teoría del Estado y fue el florentino *Nicolaus Malclavellus* (1469-1527) (294), profundo conocedor de la historia antigua y atento observador de los hombres y de los acontecimientos de su época, el que elaboró esa nueva doctrina política, inspirándose en Mainardini.

Nombrado, en 1498, *Segretario dei Dieci di libertà e di pace*, es decir, secretario de la cancillería de la ciudad del Florencia, viajó por Milán, París, Roma y Urbino. En 1512, con la vuelta de los Médicis perdió el empleo y durante el largo período de inactividad diplomática escribió sus obras más importantes. Gracias a la intervención de poderosos amigos, los Médicis le dieron algunos encargos de poca importancia. Su muerte pasó inadvertida pero, después de varios años, la ciudad de Florencia quiso reparar el olvido colocando sus restos mortales cerca de las tumbas de Miguel Ángel y de Galileo en la célebre iglesia de Santa Croce, donde descansan algunos de los grandes genios italianos.

Sus obras, mundialmente famosas, son: *Il Príncipe* escrito en 1513 y dedicado a Lorenzo de Médicis II (nieta de León X y de Lorenzo el magnífico); *I discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en tres libros, escritos entre 1512 y 1516 (295); *Storie fiorentine*, en ocho libros, *L'arte della guerra*, diálogo en siete libros; *La vita di Castruccio Castracani* (una síntesis de *Il Príncipe*); *Legazioni e informazioni diplomatiche* (cartas oficiales que, en calidad de embajador, escribe a sus superiores, en las que Maquiavelo manifiesta agudísimas observaciones y un profundo conocimiento de los acontecimientos políticos de su época); *Lettere* o cartas personales donde se revela una personalidad, a veces, encantadora.

En todos estos escritos no menciona casi nunca a los grandes escultores, arquitectos, pintores y otros artistas que lo rodeaban y ello se debe a que Maquiavelo se preocupa solo y

(294) El apellido "Malclavellus" se debe a que en el escudo de armas de su familia estaban pintados tres clavos despuntados, de ahí la transformación en "Mali Clavelli" (clavos despuntados) que, al pasar al italiano se convirtió en "Machiavelli".

(295) Este título es debido a que Maquiavelo hace un comentario sobre los primeros diez libros de la obra de Tito Livio, titulada *Ab Urbe Condita*, en ciento cuarenta y dos libros, de los cuales solo quedan los primeros diez y otros veinticinco.

exclusivamente por hombres políticos.

El Secretario florentino incursiona también en el mundo del teatro escribiendo dos comedias famosísimas: *La Mandrágora* que es una de las más licenciosas del Renacimiento donde se burla sarcásticamente de los frailes, y *Belzamor* (llamada así por el nombre de un diablo que actúa como protagonista). Siguen obras menores, como el *Diálogo acerca de la lengua*, *Primer decenal*, etc.

Conviene tener presente que Maquiavelo, a diferencia de muchísimos autores, escribió todas sus obras políticas casi al mismo tiempo y por eso no es posible hablar de una continuidad lógica o transformación de su pensamiento por influencia de sucesos externos o por maduración de ideas. Es decir que empezó a escribir cuando tenía una mentalidad ya madura y todo lo que hizo fue expresarse claramente y sin vacilación, en un estilo preciso y seco.

a) El nuevo concepto de Política

Maquiavelo -según Burckhardt- es el primer pensador político que haya tenido Europa, por ser el primero en considerar la política como una *realidad* y no como una *abstracción*, como una *práctica* y no como una *teoría*. La política, antes de Maquiavelo, había sido estudiada intensamente por Platón, Aristóteles, Cicerón, Santo Tomás, y otros como la puesta en acto de la ley moral. Pero Maquiavelo rompe definitivamente con esta concepción.

Santo Tomás había afirmado que el fin de la sociedad política es la *communis utilitas* o el *bonum commune*; los hombres tienen que *vivir bien*, es decir, *vivere secundum virtutem* (vivir virtuosamente) con el fin de alcanzar la felicidad eterna. De ahí que el poder temporal, si bien independiente, en sus funciones terrenales debe estar sometido, en lo tocante a la vida espiritual, al poder religioso porque le corresponde a la Iglesia la facultad de guiar a los hombres hacia su último fin.

Ahora bien, Maquiavelo rechaza enérgicamente esta doctrina, sosteniendo, en primer lugar, que el Estado no debe ni puede estar sometido a nada ni a nadie; en segundo lugar, la política no tiene ningún fin trascendente, sino que su última finalidad es terrena.

Pero ello no quiere decir que separe definitivamente la política de la moral, como muchos inexpertos pueden creer.

El arte político -aclara el Secretario florentino- debe ser guiado forzosamente por una ética tendiente a cultivar las virtudes necesarias para el fortalecimiento del Estado, no se trata, pues, de una *moral cristiana* ni de una *moral ascética*, sino de una *moral cívica* muy severa.

"Maquiavelo no intenta ya resolver, como los filósofos antiguos o los humanistas italianos, el problema del buen gobierno; en realidad rechaza esta tradición recibida de la escolástica y del humanismo... Maquiavelo no considera ni el bien de los hombres, ni sus derechos, sino los medios más seguros de imponerles un orden y una autoridad". (296)

Ya hemos visto que Aristóteles y Santo Tomás incluían, en la política, no solo la técnica del gobierno, la legislación y la justicia, sino también el conjunto de los problemas de economía, instrucción pública y, principalmente, la vida moral. En fin supremo de esta constante intervención del Estado en la vida de los individuos no era el *interés del Estado*, sino el *bien común*, es decir, el bien de todos y cada uno de los individuos. En cambio, el positivismo de Maquiavelo se restringe voluntariamente al dominio del Estado, excluyendo todo lo que se refiere al arte de gobernar. Su credo político es el de Roma, que había afirmado muy alto la autoridad del Estado sobre el individuo y Maquiavelo, alumno de Roma, reduce los límites del Estado a sus funciones políticas, jurídicas, militares y religiosas.

Todo debe estar subordinado al bienestar y a la fuerza del Estado, también la religión la cual, con la promesa de sanciones o premios en una vida de ultratumba puede imponer la observancia de las leyes y el cumplimiento de todos los deberes cívicos. La actividad religiosa debe ser una función exclusiva del Estado. En efecto, dice, los antiguos sacerdotes romanos eran funcionarios estatales cuya misión se limitaba a reglamentar el culto y a obtener, mediante sacrificios públicos, la protección de los dioses nacionales. La autoridad religiosa, por lo tanto, debe estar sometida a la autoridad civil y a ella debe servir fielmente, inspirando en el pueblo la obediencia a las leyes y el cumplimiento de los deberes del ciudadano.

(296) RENAUDET, A., *Maquiavelo*, trad. de Díez del Corral (Madrid, Tecnos, 1965), pág. 141.

Por otra parte Maquiavelo sostiene que todas las cosas humanas se corrompen y, por ende, considera como un dogma la decadencia de todos los Estados. De ahí que las revoluciones, a la larga, son inevitables porque representan la necesidad de un pueblo de *renovarse*. Lo esencial es que las revoluciones sean verdaderamente tales y que tengan la energía necesaria para destruir todo lo que debe ser destruido, respetando solamente lo aprovechable. Las revoluciones, pues, no deben ser otra cosa que una *vuelta* a los antiguos principios y a las antiguas virtudes cívicas que crearon las condiciones para la prosperidad del Estado.

Ahora bien, en los momentos de supremo peligro una sola persona tiene que estar a la cabeza del Estado. Roma, en efecto, elegía un dictador y la historia demuestra que la autoridad dictatorial hizo mucho bien a la República.

"L'autorità dittatoria fece bene e non danno alla repubblica romana... E veramente fra gli altri ordini romani questo è uno che merita essere considerato e connumerato fra quelli che furono cagione della grandezza di tanto imperio, perché senza un simple ordine la città con difficoltà usciranno degli accidenti straordinari".

"La autoridad dictatorial causó bien y no daño a la república romana... Y en realidad, entre las distintas instituciones romanas, ésta merece ser considerada y conceptuada como una de las que dieron origen a la grandezza de ese imperio, porque sin ella, las ciudades difícilmente superarían las crisis extraordinarias". (297)

Pero si no existe ningún peligro excepcional, entonces es preferible el *gobierno de muchos*. Maquiavelo, pues, presenta dos formas de gobierno: si se trata de *crear o reformar* un Estado, lo conveniente es la acción de un solo hombre (*el príncipe*); y si el Estado está atravesando un período de normalidad o de prosperidad, entonces el gobierno es preferible que esté controlado por los ciudadanos. Por eso escribe, casi simultáneamente, dos obras políticas: *Il Príncipe*, que analiza los casos de fundación de nuevos Estados o sus reformas y los *Discorsi* en que investiga las causas que promueven el bienestar

(297) MACHIAVELLI, N., *Discorsi sopra la prima deca de Tito Livio*, a cura de L. Corio (Milano, Sonzogno, s.a.), III, cap. 41.

de los pueblos bajo un gobierno democrático.

La doctrina de Maquiavelo, por lo tanto, presenta una doble posibilidad: la monarquía en *El Príncipe* y la república en los *Discursos*. La única diferencia entre estas políticas estriba en la diferente naturaleza que reviste esta colaboración común en pro de la grandeza y conservación del Estado: en el primer caso los ciudadanos están ligados al soberano en virtud de un deber de obediencia; en el segundo, en virtud de un contrato teórico concluido entre iguales. En ambos casos el bien del Estado es lo esencial. Los *Discursos* codifican el arte de gobernar y conservar la república donde la autoridad del jefe se concilia con la tutela de los intereses del pueblo; en cambio, *El Príncipe* resume, en reglas sumarias y prácticas, la creación, defensa y progreso de una monarquía autoritaria.

¿Cuál de las dos formas de gobierno es la mejor? En el capítulo cincuenta y ocho del primer libro de los *Discursos*, Maquiavelo expone las razones por las cuales el gobierno popular es superior al de un príncipe y concluye afirmando que los Estados llegan a su poderío política, militar y económico en un *gobierno libre*:

"Ma quanto alla prudenza ed alla stabilità, dico, come un popolo è piú prudente, piú stabile e di miglior giudizio que un príncipe. E non senza cagione si assomiglia la voce d'un popolo a quella di Dio; perchè si vede una oponione universale fare effetti meravigliosi ne' pronostici suoi, talchè para che per occulta virtù ei prevegga il suo male e il suo bene... Vedesi oltre di questo le città, dove i popoli sono principi, fare in brevissimo tempo, augumenti accessivi e molto maggiori che quelle che sempre sono state un príncipe... Il che non può nascere da altro se non che sono migliori governi quelli de' popoli che quelli de' principi".

"Pero en cuanto a la prudencia y estabilidad, sostengo que un gobierno popular es más prudente, estable y de mejor proceder que el de un príncipe. Y no sin razón la voz del pueblo se asemeja a la de Dios. En realidad, la opinión popular tiene efectos maravillosos en sus pronósticos y parece que, por una fuerza oculta, prevé su mal y su bien... Además se observa que las ciudades que tienen gobiernos republicanos alcanzan gran prosperidad y en muy poco tiempo,

aventajando siempre a las ciudades que están sometidas a un príncipe. "Esto se debe a que los gobiernos populares son mejores que los de los príncipes". (298)

Pero en caso de peligro o de grave crisis es indispensable el gobierno de uno solo, tal como lo demostró la Roma republicana:

"E però conchiudendo, dico que quelle repubbliche le quali negli urgenti pericoli non hanno rifugio a simili autorità, sempre nei gravi accidenti rovineranno".

"Y concluyendo, afirmo que aquellas repúblicas que, en sus urgentes peligros no pueden escudarse en autoridades semejantes, siempre se arruinan en las graves crisis". (299)

b) *Los fundamentos del obrar político: Realismo y Utilitarismo*

Para el Secretario florentino, el núcleo de la sabiduría estatal se fundamenta en el realismo político que estudia no lo que debe ser, sino lo que es en su concreta realidad. Maquiavelo no se entretiene en consideraciones abstractas, sino que se afina en la realidad concreta de los hechos.

"E molti si sono immaginati repubbliche e principati che non si sono mai visti né conosciuti essere in vero. Perché elli è tanto discosto de como si vive e como si dovrebbe vivere".

"Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto nunca, ni se han conocido por verdaderos. En realidad, existe mucha diferencia de cómo se vive a cómo se debería vivir". (300)

(298) *Ibidem*, I, 58.

(299) *Ibidem*, I, 34.

(300) MACHIAVELLI, N., *IL Príncipe*, Società Editrice Internazionale, 2a. ed. (Torino, 1939), cap. XV, I.
Para todas las citas italianas tengo presente esta edición, al cuidado de Paolo Rotta, que contiene el texto original de la obra, tal como lo redactó el autor.

Para Maquiavelo la ciencia política no es un *mundo ético* determinado por leyes ideales de moralidad, sino un mundo real como se encuentra en un determinado tiempo y lugar. Gobernar significa entender y regular las fuerzas que mueven al mundo y *hombre político* es aquél que sabe calcular y manejar esas fuerzas y dirigirlas hacia sus fines.

El mundo, pues, no está regido ni dominado por fuerzas sobrenaturales, sino por el espíritu humano que procede de acuerdo con sus leyes. El hecho histórico no está dado por una Providencia ni por la *suerte*, sino que es el resultado de la *fuerza de las cosas* determinada por las leyes del espíritu y de la naturaleza. Por eso dice Francesco De Sanctis:

"Riabilitare la vita terrena, darle un obiettivo, rifare la coscienza, ricreare le forze interiori, re collocare all'uomo nella sua serietà ed attività: questo è lo spirito che vive in tutte le opere de Machiavelli".

"Rehabilitar la vida eterna, darle un objetivo, rehacer la conciencia, recrear las fuerzas interiores, re colocar al hombre en su seriedad y actividad: Este es el espíritu que vive en todas las obras de Maquiavelo". (301)

El hombre, como el Secretario florentino lo concibe, no tiene el rostro contemplativo de la Edad Media, sino del que obra y trabaja para un fin terrenal. La vida de este hombre no es un juego de imaginación poética o pura abstracción metafísica o teológica, sino que es algo bien concreto. La verdad es la realidad y el hecho histórico no es otra cosa que *el resultado de las fuerzas de las cosas*; por lo tanto el príncipe, si es necesario, debe saber emplear el mal. La virtud fundamental del príncipe *no es la justicia, sino la prudencia*, debido a que si cumpliera, en todas las circunstancias, con sus deberes de justicia, se arruinaría inevitablemente entre tantos hombres siempre dispuestos al mal. Por eso el príncipe debe tener en cuenta la naturaleza real de los hombres, y si quiere realmente triunfar, debe aprender a *poder ser no bueno*. La *prudencia política*, pues aconseja faltar a la palabra cuando la lealtad puede resultar peligrosa para el Estado. El príncipe tiene que recurrir a la astucia, a la mentira, a la fuerza, al fraude, a la violencia y a la traición si las necesidades del Estado así lo exi-

(301) DE SANTIS, F., *Storia della letteratura italiana*, t. II (Milano, Popolare, 1937), pág. 62.

gen: *salus reipublicae suprema lex esto* (el bien de la república es la ley suprema).

Ahora bien, la realidad nos indica que todos los hombres son malos; por eso la prudencia debe ser la virtud fundamental.

"Perché degli uomini si può dire questo generalmente: che sieno ingrati, volubili, simulatori, fuggitori de' pericoli, cupidi di guadagno; e mentre fai loro bene, sono tutti tua, offeronti el sangue, la roba, la vita, e' figliuoli, como di sopra dissi; quando el bisogno é disconto; ma, quando ti si appressa, ei si rivoltano".

"Porque de los hombres, en general, se puede decir lo siguiente: que son ingratos, volubles, simuladores, rehuidores de peligros, ávidos de ganancia y mientras tú les haces favores y no los necesitas, son todos tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como dije más arriba; pero si el peligro se acerca, entonces te dan la espalda". (302)

Por eso el príncipe, si quiere mantenerse en el poder, no debe confiar en nadie y tiene que estar dispuesto a quebrantar su palabra y los tratados, siempre y cuando esto traiga utilidad al Estado.

Debido a la inevitable perversidad de los hombres, el príncipe debe ser fuerte como un león, pero la fuerza del león debe estar acompañada por la astucia del zorro.

"Bisogna dunque esse volpe a conoscere e' lacci, e lione a sbigottire e' luppi".

"Hay que ser zorro para conocer las trampas y león para ahuyentar a los lobos". (303)

De ahí que el gobernante debe aparentar mansedumbre, fidelidad, sinceridad y, más que nada, piedad, pero solo aparentarlo.

(302) MACHIAVELLI, N., *Il Principe*, op. cit., XVI, 2.

(303) *Ibidem*, XVIII, 3.

"E però bisogna che abbi uno animo disposto a volgersi secondo ch'ei venti li comandoti, e, como di sopra dissi, non partirsi dal bene, potendo, ma sapere intrare nel male, necessitado".

"Y por eso es necesario que él tenga un ánimo dispuesto a girar según los vientos y, como ya dije, no apartase del bien, mientras pueda. Pero debe saber hacer el mal, si se ve obligado a ello". (304)

Lo peor de todo, agrega Maquiavelo, es la solución a medias, el vacilar entre el bien y el mal, entre el derecho y la fuerza. El príncipe tiene que actuar siempre con mucha firmeza y claridad. Si, por ejemplo, es necesario librarse de un enemigo, esta resolución hay que llevarla a cabo resueltamente sin reparar en ningún medio, tal como hacía César Borgia, porque el fin justifica los medios.

A este respecto conviene precisar que Maquiavelo nunca usa la expresión *il fine giustifica i mezzi* (el fin justifica los medios); sin embargo, este concepto se encuentra desarrollado a lo largo de todas sus obras. Teniendo presente el capítulo décimo octavo de *El Príncipe*, dice textualmente: "...i mezzi sempre saranno considerati onorevoli" (305), es decir que los medios serán considerados siempre honorables. Y en los *Discursos* precisa aún más:

"...perché dove si delibera al tutto della salute della patria, no vi deve cadere alcuna considerazione né di giusto, né di ingiusto, né di pietoso, né di crudele, né di laudabile, né d'ignominioso; anzi, posposto ogni altro rispetto, seguire al tutto il partito che gli salvi la vita e mantengale la libertà".

"...porque cuando se trata de deliberar seriamente acerca del bien de la patria (el príncipe) no debe detenerse ante razones de justicia o injusticia, de piedad o crueldad, de honor o deshonor. Por el contrario, posponiendo cualquier otra razón debe seguir tan solo esa decisión que le salve la vida y mantenga la libertad". (306)

(304) *Ibidem*, XVIII, 4.

(305) *Ibidem*, XVIII, 5.

(306) MAQUIAVELLI, N., *Discorsi...*, op. cit., III, cap. 41.

Debemos dejar muy claro que Maquiavelo solo justifica el mal que se comete para mantener la independencia y la paz del Estado y nunca para obtener un provecho egoísta o personal. Así que el fin justifica los medios solo en cuanto ese fin es la vida y la prosperidad de la Nación y nada más.

En política, pues, es necesario recurrir al mal porque *los hombres son malos, insolentes en la prosperidad y miserables en la adversidad, primero buscan no ser ofendidos y, luego, de ofender a los demás; son tan perversos que olvidan más pronto la muerte de su propio padre que la pérdida de su patrimonio*. El príncipe pues debe obrar como un capitán de un barco que está navegando por un mar tempestuoso: su deber es el de llevarlo a salvo.

Sin lugar a dudas, el absolutismo y una actitud moral anti-cristiana caracterizan y califican la doctrina política del Secretario florentino. Su objetividad es ciertamente terrible en su sinceridad, pero debe olvidarse que *"escribe en una época de angustia y peligros extremos en que no podía esperarse que los hombres creyesen en la justicia"* (307). Sea como fuese estas ideas inspiran una profunda repugnancia en muchas conciencias y Prezzolini quiere, en cierta manera, justificarlas diciendo que todas las diplomacias del mundo, en los límites de sus posibilidades, han hecho siempre lo mismo, solo que el florentino proclama la verdad a los cuatro vientos. *"Maquiavelo no inventó nada nuevo, pero fue el primero que manifestó conciencia científica de algo que hasta entonces era práctica común entre los hombres de Estado"*. (308)

Nos interesa recalcar que Maquiavelo no defiende como lícitos en sí mismos la mentira ni el asesinato, sino en función de su utilidad o necesidad para el Estado. En efecto reconoce que sus preceptos serían inadmisibles si los hombres fuesen buenos de verdad.

"E se li uomini fussino tutti buoni, questo precepto non serebbe buono; ma, perché sono tristi e non la osservarebbero a te, tu ancora non l'hai ad osservare a loro".

"Y si los hombres fuesen realmente buenos, este

(307) BURCKHARDT, J., *op. cit.*, pág. 66.

(308) PREZZOLINI, G., *Maquiavelo: ¿Nuestro contemporáneo?*, trad. de O.L.M.S. (Barcelona, Pomaire, 1968), pág. 23.

precepto no sería bueno; pero puesto que son malvados y no mantienen fidelidad por tí, tu tampoco tienes que mantenerla". (309)

Ahora bien, mirando todo esto desde un punto de vista estrictamente moral-cristiano, la doctrina de Maquiavelo desliga completamente la política de toda norma superior y se opone, frontalmente, al Cristianismo. Pero si alguien le hiciera notar esa oposición, el Secretario florentino diría que la política es totalmente autónoma y su única norma es la utilidad pública. Si se desea el triunfo no se deben tener en cuenta ni los preceptos ni las trabas morales, por eso, los que sufren estos escrúpulos no deben actuar en política, sino vivir privadamente lejos de toda responsabilidad pública.

Por otra parte, Maquiavelo está convencido de que la naturaleza humana no cambia y que los hombres están inclinados irremediablemente al mal, por lo tanto la política es *el arte de utilizar oportunamente las miserias humanas para la conquista y conservación del poder. Gobernar es entender y regular las fuerzas que mueven a los hombres y es hombre político aquel que sabe calcular, manejar y dirigir esas fuerzas.*

Todas las cosas humanas -también los Estados- están sujetos a la decadencia. Las revoluciones, pues, son inevitables y representan la necesidad de un pueblo de renovarse y de revivir las antiguas costumbres y virtudes que permitieron el primitivo florecimiento del Estado. La grandeza y la decadencia de las naciones no se debe, pues, a los milagros ni mucho menos a las casualidades, sino que son efectos necesarios cuyas causas se encuentran en la calidad y cantidad de las fuerzas que las mueven.

Por lo expuesto, según Maquiavelo es gran político solamente el *domador de hombres*, aquel que comprende las fuerzas humanas, las canaliza, las vigoriza y las transforma en sus instrumentos.

c) *El Estado como fuente de orden ético*

El Estado, para Maquiavelo, tiene un derecho superior a toda moralidad. La voluntad y el interés del individuo quedan absorbidos por esta nueva divinidad. Ya no estamos en el reino

(309) MAQUIAVELLI, N., *Il Príncipe*, op. cit., 18,3.

de un Dios trascendente sino en el reino de un dios inmanente, el *dios-estado*, el estado ético que es el ente absoluto del cual depende el bien y el mal. Todo lo que es útil al Estado es bueno, como es malo todo lo que tiende a debilitarlo o corromperlo; de ahí que son morales todas las acciones tendientes a salvaguardarlo y fortalecerlo. La habilidad del príncipe consiste precisamente en dirigir, mediante su talento y su fuerza, todas las pasiones y ambiciones de sus súbditos hacia una sola cosa: el fortalecimiento del Estado.

Maquiavelo, pues, rechaza enérgicamente toda la filosofía y política escolásticas, no reconociendo ninguna verdad *a priori* ni la autoridad de nadie como criterio de verdad. El mundo teológico y metafísico es el mundo de la imaginación. Por eso, la fuente del orden ético no puede ya encontrarse en un Ser trascendente, sino en la realidad concreta, y esa eficacia redentora que la teología atribuía a la gracia divina, Maquiavelo la atribuye al Estado como organismo moral. Un Estado nacional fuerte militar y políticamente, próspero por sus riquezas, será capaz de fusionar las voluntades individuales en una voluntad superior, será fuente del orden ético. El órgano de esta voluntad, en Roma, era el pueblo; ahora será el príncipe, o sea, una persona capaz de afirmarse sobre todas las demás voluntades y de unificar los diversos intereses en uno solo que es el suyo y que, por ser la encarnación de la vida del Estado, se idealiza en un *sagrado egoísmo de la patria*.

En otras palabras, Maquiavelo coloca el patriotismo a la cabeza de todos los valores: todo está permitido si se trata del bien de la Patria y no le parece mal *perder el alma* por el país, tal como lo confiesa en una de sus cartas a Francisco Guicciardini cuando dice: "*Amo a mi país más que a mi alma*". Así que el Secretario florentino sustituye el *amor a Dios* por sobre todas las cosas por el *amor a la patria*.

"Solo dentro del Estado -comenta Prezzolini- puede el hombre sobrepasar las limitaciones humanas y lograr identificarse con los intereses comunes del país. En estos preceptos y recomendaciones no se incluye menos ascetismo que en el Cristianismo, pero se trata de una ascética de la patria". (310)

Para la filosofía cristiana el Estado es solamente un

(310) PREZZOLINI, G., *op. cit.*, pág. 48.

medio del cual los hombres se sirven para llegar al fin supremo que es Dios. Pero, aunque Maquiavelo no lo diga explícita y claramente, está implícita en su doctrina la creencia de que el Estado es el último fin del hombre. En efecto, en *El Príncipe* encontramos esta afirmación:

"E nelle azioni di tutti li uomini, e massime de' principi, dove non è iudizio da reclamore, si guarda al fine".

"Y en las acciones de los hombres, especialmente en las de los príncipes, de las cuales no existe tribunal de apelación, se deben considerar las intenciones". (311)

En otras palabras, no existe un ente superior al Estado debido a que el soberano no tiene, sobre sí, ningún otro tribunal. Así que si no existe un Ente Supremo (Dios), solo el Estado puede ser fuente de orden ético.

"Para Maquiavelo -sigue diciendo Prezzolini- el Estado es el fin último de la lucha del hombre para conseguir una vida ética. La clara y repetida afirmación de Maquiavelo sobre que los intereses públicos y privados son, a veces, incompatibles, demuestra que concebía el sacrificio de los intereses individuales en favor de los del Estado como la única forma de ética". (312)

La ética de Maquiavelo, pues, no se preocupa del individuo en sí mismo, sino en tanto que es simple miembro del Estado. Su ética, por lo tanto, es eminentemente cívica.

Para establecer las normas de esta moral habría que definir previamente el Estado y aclarar su papel humano. Pero Maquiavelo no entra en estas consideraciones, no vuelve a plantear el problema ya abierto por Platón, Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás y no quiere tampoco iniciar largas discusiones. Sencillamente afirma que todo individuo como miembro de un Estado debe cumplir ciertas normas morales llamadas *virtudes*. Pero, ¿que entiende por *virtud*?

Burckhardt sostiene que la virtud maquiavélica es *dynamis*, es decir, una combinación de fuerza y talento. Gentile

(311) MAQUIAVELLI, N., *Il Príncipe*, op. cit., XVIII.

(312) PREZZOLINI, G., op. cit., pág. 47.

La interpreta como *fuera de voluntad* capaz de superar los obstáculos. Ercole afirma que es el acto realizado por una voluntad lúcida, enérgica y libre que moldea el curso de los advenimientos. Para De Sanctis es la energía capaz de emprender acciones peligrosas y sacrificarse por ellas.

Mucho más explícito es Prezzolini, quien dice:

"Una cosa es cierta -pero se trata de un atributo negativo-: Maquiavelo utiliza la palabra "virtud" en un sentido que no corresponde a las cuatro virtudes de Platón y de los estoicos que se convirtieron en las virtudes cardinales de los cristianos... La virtud es, sin duda, una cualidad que incita a la acción... Puede ser maldad, pero no necesariamente... Podemos concluir que puede haber virtud sin bondad, pero nunca bondad sin virtud". (313)

Maquiavelo, habiendo establecido que el centro de la vida humana está en la tierra y no en un más allá, no acepta ninguna de las grandes virtudes cristianas. Por el contrario, considera la paciencia, la humildad, la sencillez, etc. como defectos que han debilitado al hombre que, precisamente por eso, prefiere soportar las injurias y las ofensas antes que vengarlas.

El Secretario florentino, como más tarde Nietzsche, se opone a la moral cristiana y piensa que esa religión es responsable directamente del debilitamiento del espíritu humano y de la caída del imperio romano. En realidad -así dice en su *L'arte della guerra*- la religión cristiana ha efectuado tales cambios en las costumbres de la humanidad que ya los pueblos (ahora cristianos) no se defienden con el mismo grado de obstinación y energía con que lo hacían antiguamente.

"Porque entonces a todos los vencidos en combate se los mataba o se los usaba como esclavos por el resto de su vida... Si se tomaba una ciudad, o se le destruía o se privaba de todos sus bienes a los habitantes... pero actualmente todas estas cosas están, en gran medida transformadas o fuera de uso". (314)

(313) *Ibidem*, pág. 28/29.

(314) MACHIAVELLI, N., *L'arte della guerra*, II, 302.

d) *La religión al servicio del Estado*

El Estado no solo absorbe al individuo y a la moral, sino también la religión. Es un *Estado laico*, no en el sentido que sea *indiferente a lo religioso*, sino porque usa la religión como un simple instrumento de su acción. A tal efecto es notable la comparación que Maquiavelo hace entre la religión romana y la cristiana. La primera, por estar al servicio del Estado -así dice en los *Discorsi*- es toda energía y fe en sus fuerzas; la segunda, en cambio, es toda humildad y desprecio de las cosas terrenales, influyendo negativamente en la mente de los ciudadanos. La religión pagana tributa honores a los atletas y a los héroes; en cambio nuestra religión nos enseña a despreciar todos los honores de este mundo.

"La religione nostra ha glorificato piú gli uomini umili e contemplativi che gli attivi. Ha dipoi posto il sommo bene nell' umiltá, nell' abiezione, e nel dispregio delle cose umane; quell'altra lo poneva nella grandezza dell'animo, nella fortezza del corpo, e in tutte le altre cosa atte a fare gli uomini fortissimi... Questo modo di vita, adunque, pare ch'abbia renduto il mondo debole e datolo in preda agli uomini scellerati, i quali sicuramente lo possono maneggiare, veggendo come l'universalitá degli uomini, per andare in paradiso, pensa piú a sopportare le sue battiture che a vendicarle".

"Nuestra religión ha glorificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los activos. Luego ha colocado el sumo bien en la humildad, en la abyección y en el desprecio de las cosas humanas; mientras que la otra (la religión pagana) lo coloca en la magnanimidad, en la fortaleza del cuerpo y en todas las demás cosas que hacen que los hombres sean muy fuertes... Este modo de vida, pues, parece que ha debilitado nuestro mundo permitiendo que se adueñaran de él unos delincuentes quienes lo manejan a su antojo puesto que se dan cuenta que la totalidad de los hombres, con el fin de lograr el paraíso, prefieren sufrir las ofensas más que vengarlas". (315)

Maquiavelo pasa, luego, a sostener que todas las re-

(315) MACHIAVELLI, N., *Discorsi...*, op. cit., II, cap. 2.

ligiones son buenas, con tal que sirvan dócilmente a los intereses del Estado. Por eso los gobernantes deben permitir todo lo que favorezca la religión *aunque la consideren falsa*, porque con su prédica de *obediencia a las leyes* puede servir de gran utilidad al engrandecimiento del Estado.

De aquí las terribles invectivas contra la jerarquía eclesiástica romana de su tiempo, porque con sus malos ejemplos estaba causando estragos en el pueblo.

"...per gli esempi rei di quella corte, questa provincia ha perduto ogni divozione ed ogni religione: il che si tira dietro infiniti disordini"...

"...por los malos ejemplos de esa corte (pontificia), este país ha perdido toda devoción y toda religión, lo cual trae como consecuencia infinitos desórdenes"... (316)

Si los altos prelados de la Iglesia no cumplen con sus deberes cristianos, ello indica que no creen en la religión que predicán y esto es extremadamente peligroso para la seguridad del Estado.

Por otra parte, Maquiavelo ve en la política temporal de la Iglesia otro grave inconveniente: los pontífices no tienen fuerza suficiente para ocupar toda Italia, pero la tienen para impedir que otro príncipe italiano la unifique:

"...né permettevano che quella provincia, la quale per loro debolezza non potevano possedere, altri la possedesse".

"...ni permitían (los pontífices) que esa provincia (Italia), que por su debilidad no podían unificar, otro la unificara". (317)

Como se puede observar, Maquiavelo no censura a los papas, como lo hacía Dante, por razones evangélicas; sino por la influencia que ejercían en el pueblo italiano tornándolo incrédulo y, por ende, incapaz de crear un Estado nacional.

(316) *Ibidem*, I, 12.

(317) MACHIAVELLI, N., *Le istorie fiorentine*, I, 23.

e) Política y Economía

Maquiavelo no es economista pero como político sabe perfectamente que en Florencia y otros grandes centros europeos el poder económico ejerce una tremenda fuerza en la vida política: "*Qui divites sunt, boni civi in civitatibus appellantur*" (los que son ricos son considerados buenos ciudadanos), repite con Petrarca. (318)

Por supuesto que no está en condición de analizar en profundidad los complejos problemas de los costos, de la producción, de la contabilidad, etc., como él mismo dice en una carta dirigida a su amigo Francesco Vettori:

"Non sapendo ragionare né dell'arte della seta e dell'arte della lana, né de guadagni né delle perdite, é mi conviene ragionarse dello stato".

"No sabiendo razonar ni del arte de la seda o de la lana, ni de las ganancias o pérdidas, me conviene razonar acerca del estado". (319)

Algunos historiadores como Renaudet (320), fundándose exclusivamente en este documento, afirman que el Secretario florentino *conoce mal y desdeña la economía*. Pero nosotros opinamos diversamente. Maquiavelo, a lo largo de toda su obra, no descuida ni desprecia los problemas económicos; tanto es así que de los veintiseis capítulos de *El Príncipe* dedica uno particularmente a la actividad económica y hasta escribe un discurso fechado en marzo de 1503 titulado *Palabras para ser dichas sobre el modo de ganar dinero*, discurso que probablemente pronunció ante el Gran Consejo de Florencia y que, por razones que ignoramos permaneció entre los papeles borradores de su es-

(318) Sobre Maquiavelo economista se encuentran someras indicaciones en el estudio de Jean THEVENET, *Les idées économiques d'un homme d'Etat dans la Florence des Médicis*; Gino ARIAS, por su parte, traza un bosquejo sobre *Il pensiero economico di Nicolò Machiavelli* en "Annali di Economia", (Milano, marzo 1926), págs. 1/30 que, desgraciadamente, no hemos podido consultar.

(319) MACHIAVELLI, N., *Lettere familiari (Tutte le opere storiche e letterarie di Nicolò Machiavelli)* (Firenze, Massoni e Casella, 1929), t. I., lettera del 9 aprile 1513.

(320) RENAUDET, A., *op. cit.*, pág. 156.

critorio. (321)

El sabe -y así lo reconoce- que no es un economista, pero como gran teórico del Estado moderno conoce perfectamente las íntimas interrelaciones existentes entre Política y Economía.

Ningún Estado -dice Maquiavelo- puede planear un programa político a corto o largo plazo o una campaña expansionista si no cuenta con los medios económicos suficientes para realizarla, así que debe ser rico o, por lo menos, tener una estabilidad económica. Pero Maquiavelo se pregunta: ¿es fuerte el Estado que cuenta con una burguesía rica? En un tiempo -así contesta en su *Istorie fiorentine*- la riqueza de los ciudadanos era la fuerza política de Florencia; sin embargo la riqueza puede ser un peligro porque corrompe y debilita el espíritu patriótico; de modo que su valor puede ser problemático. Si los ciudadanos siguen siendo honestos y amantes de la patria, entonces su riqueza es realmente una fuerza política estatal; en caso contrario, su amor por el lujo y el ocio puede llevarlos a la perdición. Por eso, la verdadera fuerza del Estado se fundamenta no solo en una economía sana sino principalmente en la formación cívica de sus ciudadanos.

El florentino hace notar también el contraste entre las necesidades naturales de la vida en común y el egoísmo del hombre que se manifiesta en la sed de ganancia, contraria al *bien común*, y sostiene que todo debe servir para enriquecer al Estado del cual emanará forzosamente el bienestar de los individuos.

El príncipe debe ser un buen administrador y muy cuidadoso en los gastos públicos para hacer frente a las múltiples necesidades en tiempos de paz y estar siempre preparado en casos de guerras porque éstas se hacen con *muchísimo dinero*. Con respecto a las actividades bélicas aconseja que las tropas sean nacionales y no mercenarias y que las guerras sean brevísimas y muy violentas:

"Chi vuol fare tutte cose conviene che que tenga lo stile e modo romano...corte e grosse...e le spediranno in brevissimo tempo".

"Quien quiera hacer todas estas cosas, conviene

(321) PREZZOLINI, G., *op. cit.*, pág. 112.

que tenga el estilo y el modo romano...breves y violentas... (los romanos) las realizaron en muy breve tiempo". (322)

Para una fácil victoria es indispensable, en primer término, tener mucho dinero y disponer de un ejército nacional bien preparado. Pero esto no basta porque el elemento más importante es el amor por la patria y la disciplina militar.

"Perché i danari assai non ti bastano senza l'armi fideli...Ogni monte, ogni lago, ogni luogo inaccessible diventa piano dove i forti difensori mancano... se il tesoro bastasse a vincere...Darío arebbe vento Alesandro, i Greci arebbero vinti i Romani".

"Porque las grandes cantidades de moneda no te bastan para ganar, sin las armas fieles... Todo cerro, lago o lugar inaccesible se allana cuando faltan los fuertes defensores...si el tesoro bastara para ganar...Darío habría vencido a Alejandro y los griegos a los romanos". (323)

Todo el botín tomado al enemigo -agrega Maquiavelo- debe ir al Estado y el príncipe lo distribuirá convenientemente y con parsimonia, sin ningún despilfarro.

En lo tocante a las actividades productivas indica sobre todo la agricultura y las artes, incluyendo en estas últimas la industria y el comercio. Los comerciantes son considerados como el estómago de la ciudad y, en sus misiones al exterior como diplomático, comprueba siempre que las relaciones comerciales entre los Estados constituyen una garantía de relaciones pacíficas. Nota, por ejemplo, que la exportación de manufacturas es más ventajosa que la de materias primas porque el extranjero paga también el trabajo empleado en la producción.

Censura severamente el lujo y el despilfarro y compara la población italiana con la alemana, generalmente más parsimoniosa, destacando cómo la exportación de los productos terminados constituye una fuente de riqueza porque hace afluir dinero al Estado. Esta idea -hace notar Griziotti Kretschman- hace pensar en Maquiavelo como un precursor del mercantilismo. En

(322) MACHIAVELLI, N., *Discorsi...*, op. cit., II, 6.

(323) *Ibidem*, II, 10.

efecto, es uno de los primeros en subrayar la importancia del dinero para la vida económica nacional, dinero que puede ser proporcionado gracias a las exportaciones que deben ser protegidas y facilitadas por el Estado.

Además, Maquiavelo comprueba que los pueblos aman a los príncipes inclinados a la generosidad; pero aclara que la magnificencia es una *virtud muy costosa*. Si el príncipe gasta todas sus rentas, necesitará dar a su gobierno un carácter fiscal, exigiendo pesados impuestos. De esta manera se atraerá el reconocimiento de un pequeño número de privilegiados y, al mismo tiempo, el odio del pueblo. Si luego el príncipe, por prudencia, intenta volver a una política de parsimonia, pierde todo el prestigio de su liberalidad y el contraste entre su primera generosidad y su nueva política de ahorro le hace aparecer más avaro que los demás.

En el capítulo diecisiete de su *Príncipe*, titulado precisamente *De liberalitate et parsimonia* (De la liberalidad y parsimonia), usa por primera vez el término *fiscal* dándole casi un significado de *crueldad* en la imposición de abusos o exacciones tributarias.

"(El príncipe) será necessitato alla fine, se si vorrà mantenersi el nome del liberale, gravare e'populi straordinariamente et essere fiscale e fare tutte quelle cose che si possono fare per avere danari. Il che comincerà a farlo odioso con sudditi".

"El príncipe se verá, al final, obligado, si quiere mantener el nombre de liberal, a gravar extraordinariamente al pueblo y ser fiscal y llevar a cabo todas esas medidas que sirven para obtener dinero. Y ello comenzará a acarrearle el odio de sus súbditos". (324)

Así que para evitar una política fiscal odiosa, el príncipe debe realizar una gestión ahorrativa de las finanzas públicas. Maquiavelo sabe, por pertenecer él mismo a la burguesía florentina, que ésta, mediante una severa administración de su fortuna y de sus empresas comerciales e industriales, ha acumulado un capital que no despilfarra alegremente en gastos inútiles. Exige, pues, estas mismas virtudes a quien gobierne, y rechaza toda política de liberalidad presupuestaria. Además, es

(324) MACHIAVELLI, N., *Il Príncipe*, op. cit., XVI, 1.

un firme partidario de una moneda fuerte, a la que considera como el signo manifiesto de una gestión económica severa y prudente.

En apoyo de su doctrina cita ejemplos de la historia romana y contemporánea. Julio César -así dice- para conquistar el poder se mostró generoso, pero si hubiera continuado durante mucho tiempo esa política de excesiva liberalidad habría arruinado al Estado comprometiendo toda su obra y su autoridad. En cambio el papa Julio II obró diversamente porque después de haberse mostrado generoso, inició una severa política de gastos.

"Papa Iulio II, como si fu servito del nome del liberale, per aggiugnere alppato, non pensó poi a mantenerselo, per potere fare guerra al re di Francia; et ha fatto tante guerre sanza porre uno dazio straordinario a' sua, perche alle superflue spese ha suministrato la lunga parsimonia sua".

"El papa Julio II, después de haberse servido del nombre de liberal para llegar al papado, no se preocupó, luego, de mantenerlo para hacer la guerra al rey de Francia y ha hecho tantas guerras sin recarga de impuestos extraordinarios a los suyos porque no hizo gastos superfluos y prefirió ser parsimonioso". (325)

Maquiavelo autoriza la liberalidad del príncipe en un solo caso: después de una guerra, los despojos de los vencidos, las tierras confiscadas y las indemnizaciones le ofrecen la ocasión de ser liberal. En estos casos el príncipe no debe ser tacaño porque se trata de distribuir a los amigos unos bienes que son de otros.

"E di quello che non é tuo o di sudditi tua si può essere piú largo donatore, come fu Ciro, Cesare et Alessandro, perché lo spendere quello d'altri non ti toglie reputazione, ma te ne aggiunge; solamente lo appendere el tuo é quello che ti nuoce".

"Y de lo que no es tuyo o de tus súbditos se puede ser más generoso o dispensador como lo fue

(325) *Ibidem*, 16,2.

Ciro, César o Alejandro; porque gastar lo que es de otros no te quita reputación; sino que te la da; y solo si gastas lo tuyo te puede dañar". (326)

Así que salvo estos casos, Maquiavelo condena toda política de indulgencia financiera y reprueba a todos los gobernantes que actúan de manera contraria.

Además, en el famoso capítulo veintiuno de *El Príncipe* esboza un programa económico casi liberal: el gobierno debe dejar que los ciudadanos se dediquen libremente a sus actividades, ya sean agrícolas, comerciales o industriales. No debe realizar excesivas investigaciones acerca de la fortuna privada de los ciudadanos porque éstos, al verse controlados con frecuencia en sus propios negocios, empiezan a sospechar de esa vigilancia y, por ende, sus actividades comienzan a retraerse.

El príncipe, por el contrario, si quiere realmente un Estado próspero, debe otorgar facilidades a todos aquellos cuyos esfuerzos concurren a su propio enriquecimiento porque de esta manera también el Estado se enriquece.

"Debbe ancora il príncipe monstrarsi amatore delle virtù et onorare li acceleranti in una arte. Appresso debbe animarse li sua cittadini di potere quietamente asercitare li esercizi loro, e nella agricultura, et in ogni altro esercizio delli uomini, o che quello non tema di ornare le sua possessione per timore che li sieno tolte, e quell'altro di aprere uno traffico per paura delle taglie; ma debbe preparare premi a chi fare queste cose et a qualunque pensa in qualunque modo ampliare la sua città o il suo stato".

"El príncipe debe también mostrarse amante de las virtudes y dispuesto a honrar a los que sobresalen en una actividad. Además debe animar a sus ciudadanos a que ejerciten sus actividades tranquilamente ya sea en el comercio como en la agricultura y en cualquier otra actividad humana. Que ninguno tema de aumentar sus bienes por miedo a que alguien se los quite ni algún otro se preocupe por cualquier otra empresa por miedo a los impuestos. Por el contrario, el príncipe

(326) *Ibidem*, 16, 4.

debe preocuparse en otorgar premios al que esté dispuesto a enriquecer, de una u otra manera, a su propia ciudad o estado". (327)

Como se puede observar, Maquiavelo en este capítulo esboza brevemente un programa casi liberal: el gobierno dejará que los ciudadanos se dediquen tranquilamente a sus trabajos sin realizar investigaciones amenazadoras sobre la riqueza privada que desaniman a todos, retrayéndolos de realizar sus actividades. Por el contrario, el príncipe prudente tiene que facilitarles la tarea de enriquecerse a sí mismos y al Estado.

Por todo lo expuesto, compartimos el juicio de Burckhardt de que Maquiavelo es, en realidad, el gran teórico del Estado moderno. Sin embargo, en lo tocante a sus normas morales no podemos aceptar el criterio del florentino porque tenemos el convencimiento de que no ha entendido el espíritu del Cristianismo. Su ideal de hombre de Estado solo puede admitir una religión de Estado, capaz de enseñar una moral de acción cívica. Además, su ética no se preocupa del individuo considerado en sí mismo como persona ni de su último destino y solo le pide que sirva al Estado, el nuevo Dios.

En lo tocante a sus normas prácticas de economía, es indudablemente digno de todo elogio; el Estado tiene la obligación de fomentar la actividad agrícola, comercial e industrial, dejando en plena libertad a los empresarios y trabajadores sin intervenir con excesivos impuestos y controles. Tarea del príncipe es crear las condiciones más propicias para que las actividades comerciales se realicen en un clima de libertad y de seguridad, favoreciendo las exportaciones. Por último, una sana administración del tesoro público y una parsimoniosa política de gastos, junto a una moneda fuerte son los elementos fundamentales para que el Estado se mantenga vigoroso y próspero en lo interior y en sus relaciones con los demás países.

(327) *Ibidem*, 21,7.